

Damián Álvarez Sala

# Arquitectura del territorio

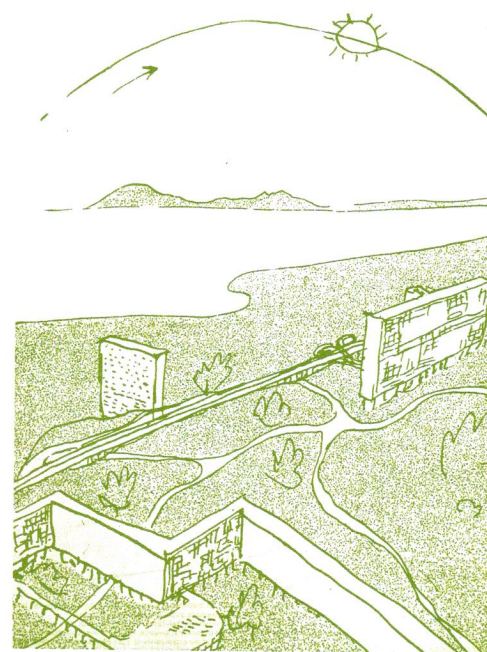
Actualidad de un viejo propósito

1 El movimiento que en el pensamiento y el arte europeos fructificó en el cambio de época que asociamos a los nombres de Marx, Freud, Schoenberg, Picasso, Joyce o Le Corbusier, entre otros cien o doscientos creadores excepcionales, sigue siendo fuente de entendimiento de nuestro tiempo y, todavía hoy, la más firme referencia para la imaginación de la vida justa y la superación del malestar afianzado en la cultura. No hay muchas dudas en señalar el objetivo central de aquel movimiento. Lo real frente a la mera apariencia de lo real fue el principio invocado desde la literatura a la psicología, desde las artes plásticas al ordenamiento político. También, desde una arquitectura que reclamaba como asunto propio el espacio de la sociedad en transformación, y cuya crítica del viejo orden se produjo de forma especialmente brillante. No podrá señalarse, sin dificultad, un periodo más fértil en la producción y difusión de ideas e iniciativas, en la reforma radical de los criterios y métodos de trabajo, que el que, arrancando un par de décadas antes, ocupa el primer tercio del siglo XX. La determinación precisa del programa, la depuración rigurosa de todo lo contingente y la descompartimentación del espacio para abrirlo y componerlo con otros espacios darían fe a partir de entonces de la legitimidad del proyecto. Durante una década se trabajó en la invención del espacio contemporáneo, cuyo paradigma, irreductiblemente íntegro y deslumbrante en la claridad de su radical concreción, cristalizaría en el pabellón de Barcelona de Mies van der Rohe<sup>[1]</sup>. La reivindicación de la ciudad, e implícitamente del territorio, como objeto de la arquitectura era parte de la exigencia de correspondencia entre el proyecto y los componentes sustantivos del espacio, entre ellos sus raíces exteriores y subyacentes. A la vez, resultaba consecuente con el principio de continuidad e interacción de los ámb-

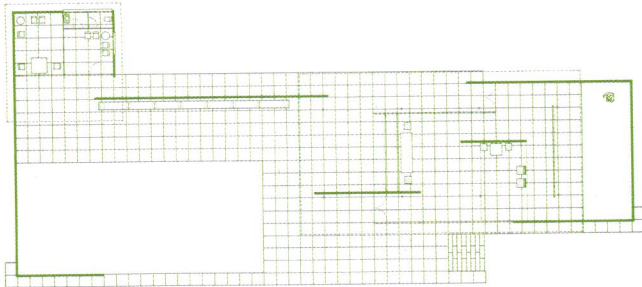
bitos externos e internos. El trabajo de Le Corbusier, desde el pabellón de L'Esprit Nouveau (1922) al pequeño barrio de Pessac (1925), en Burdeos, y la Ville Savoye (1928), exploró los caminos de la composición integral del espacio interior de la casa y de su articulación con el exterior. Y no se trataba de una simple toma de posición ante la ciudad o el paisaje, sino de la inmersión en ellos, de una puesta en valor de aquella continuidad, extendida no sólo al horizonte sino a los sedimentos materiales e históricos. Al disolver la compartimentación y la maraña de adornos se pudieron desarrollar, sobre las plantas liberadas de la casa y de la ciudad, la percepción de todo el campo de escalas y el manejo de la interacción de los espacios. De la arquitectura en la ciudad se pasó a la arquitectura de la ciudad. Además, quedó al descubierto la raíz del espacio moderno surgiendo del vórtice de los acontecimientos y exigencias de la sociedad de masas: la actividad industrial, el ferrocarril metropolitano, la producción a gran escala de viviendas, o la demanda de espacios para el ocio y el contacto con la naturaleza. Para ellos, el proyecto de la nueva ciudad debía fundamentarse en su estructura profunda y referirse al escenario total, a "vista de pájaro", de su emplazamiento en el territorio. Otto Wagner y Toni Garnier, pero también Ildefonso Cerdá y Arturo Soria habían mostrado la escala de intervención necesaria en el proyecto de extensión de la gran ciudad, y puesto en práctica su realización con criterios y técnicas de la nueva ingeniería. Esta abría el camino con sus procedimientos precisos y sus materiales de cualidades antes desconocidas. Transformaba la actividad de la construcción y sacaba a la luz los diamantes en bruto de las nuevas distancias y puntos de vista que Le Corbusier y Mies tallarían y esgrimirían en su ajuste de cuentas con la vieja arquitectura y en el alumbramiento de la moderna<sup>[2]</sup>.



1\_ Nuevo acceso a Mairena en el área metropolitana de Sevilla. Ordenación: Enrique Abascal y Damián Álvarez. Proyecto: Enrique Abascal. Foto: Jesús Granada



2\_ Los tres establecimientos humanos, Le Corbusier La ciudad verde p32, Ed. Poseidón



3\_ Planta del Pabellón de Alemania de la Exposición de Barcelona. MvdR, (de La palabra sin artificio, Fritz Neumayer, p291. Ed El Croquis)



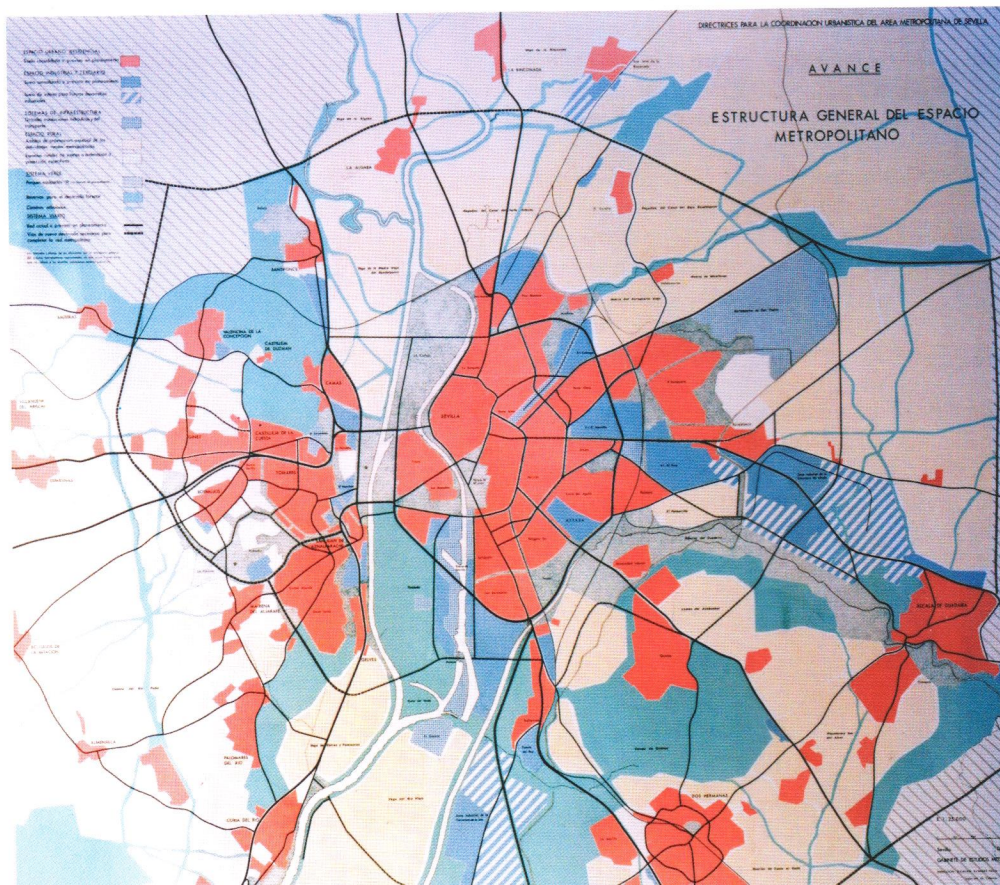
4\_ Cementerio de Finis Terrae. César Portela.

De los proyectos de extensión de las ciudades, sobre todo después del temprano ensanche de Barcelona, se hubiera esperado el más rápido avance en la confirmación de las teorías de la nueva arquitectura. La instauración de un orden urbano integral en un espacio vacante a partir del control de funciones básicas como la topografía y el drenaje, la red viaria y el transporte, o el espacio libre y la vegetación, parecería el programa más adecuado a los propósitos modernos. Sin embargo, cuando en 1925, en Stuttgart, se presenta a la arquitectura emergente la oportunidad de proyectar y ejecutar un conjunto urbano de cierta dimensión, la opción adoptada por Mies consistió en una sobria orde-

nación de escueto soporte para los "edificios-manifiestos" de la Exposición de la Vivienda Moderna.

La operación constituía una presentación en sociedad de las posibilidades reales de las nuevas ideas, de manera que la decisión no puede haber sido fruto del descuido de su director, un artista en cuya obra es difícil descubrir la menor concesión a lo extraño o lo imprevisto. Hay que suponer la existencia nunca confesada de una estrategia de prioridad al avance de la arquitectura del edificio, supeditando a ella la puesta a punto del proyecto correspondiente para el espacio urbano moderno. Es decir, una suerte de aceptación provisional y pragmática de las ordenaciones al uso, las cuales conjugaban no sólo princi-

pios barrocos, que habrían de ser removidos en su momento y que un buen arquitecto sabía eludir sin dificultad, sino también líneas maestras y valores propios de la ciudad, necesarios para la concepción de cualquier proyecto verdadero<sup>[3]</sup>. Las principales experiencias de los años posteriores no hicieron sino confirmar la dedicación preferente de la vanguardia a la edificación, aunque nunca se dejara de invocar la importancia esencial en ella de la dimensión urbana; y, aunque la opinión exigiría muchas matizaciones, podría sostenerse que el proyecto de la ciudad moderna perdió casi en sus orígenes, y no volvió a recuperar plenamente, la participación activa en la dirección del proyecto colectivo de la arquitectura moderna<sup>[4]</sup>.

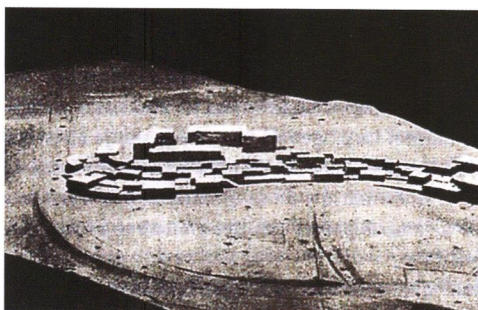


5\_ Directrices para la ordenación del área metropolitana de Sevilla: Modelo territorial. Dirección D. Álvarez. Consejería de Obras Públicas y Transportes 1989.

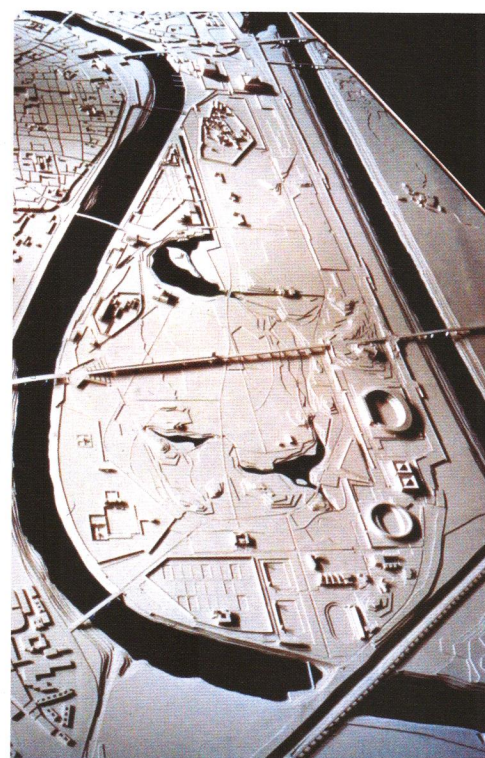
6,7\_ Puente del ferrocarril sobre el Guadalquivir en Sevilla. J.A. Fernández Ordóñez, 1992



8\_ Parque del Alamillo, Sevilla.



9\_ Maqueta del esquema original del proyecto de viviendas de Weissenhof, Stuttgart. Mies van der Rohe, 1925. (De MvdR, Una biografía crítica. F.Schultze, p.137. Ed Hermann Blume)



10\_ Maqueta del relieve del Parque de La Cartuja (Alamillo), D. Álvarez, E. Abascal, M. Colomé, 1987

El pensamiento crítico ha abordado desde el final de la segunda guerra mundial, con mayor o menor éxito pero de forma consistente, los problemas inherentes a las necesidades de la sociedad en evolución en lo concerniente a la vivienda y la edificación, pero de forma mucho menos satisfactoria en lo que se refiere a la agrupación de los edificios en conjuntos superiores para constituir a partir de ellos el nuevo espacio de la ciudad en expansión. La arquitectura de la ciudad ha ido quedando disminuida y desplazada por otros instrumentos de gobierno, diluyéndose la práctica del control físico del espacio en el dominio creciente de la ordenación jurídica de la actividad inmobiliaria. La disgregación entre la vivienda y la ciudad es causa última de la propia desintegración de la ciudad, puesta de manifiesto principalmente en sus desarrollos recientes: y su raíz, idéntica a la que ha descompuesto internamente la práctica profesional de la arquitectura. De un lado, ha quedado aquella arquitectura que actúa en el ámbito de lo concreto y suele desistir del lenguaje plagado de tópicos de la planificación, y de otro, la que lo hace en éste último campo mereciendo cada vez menos el nombre

de arquitectura. Sin que haya llegado a arraigar el sentido moderno de lo necesario capaz de rechazar en origen la contaminación de formas y gestos contingentes, a la invasión de la formas accesorias se ha sumado la de las palabras huecas. Aunque sólo fuera por ello, la referencia a la tradición crítica del movimiento moderno no hace sino cobrar cada día más sentido. Los asuntos en los que intervenir se desplazan cada vez más hacia donde los arquitectos modernos señalaban. La ciudad y el territorio, aquellas raíces del espacio entonces en ciernes, son hoy el tronco y las ramas desarrollados del espacio actual: un espacio frecuentemente fallido como verdadero lugar urbano en el que la distribución de la ocupación y el aprovechamiento no hace olvidar la falta de proyecto arquitectónico. Las nuevas dimensiones de las construcciones, los movimientos y las distancias reclaman una interpretación escalar adecuada, es decir, la arquitectura de la ciudad de hoy. Todo ello requiere una estrategia opuesta a la de hace cien años. Ahora es necesario una dedicación prioritaria a la concepción y ejecución de la ciudad, y en particular a dos objetivos concretos: la revitalización de los cascos históricos y la creación del espacio metropolita-

no. La crítica del planeamiento general, para depurarlo de concepto vacíos y garantizar su vinculación radical a la realidad, y el trabajo de análisis para el entendimiento y manejo de los nuevos materiales y escalas metropolitanos -los bosques y espacios libres, los sistemas de transporte colectivo, los sectores de actividad especializados, los nuevos desarrollos residenciales...- deben centrar hoy el interés del arquitecto de la ciudad. Y muy especialmente en lo que se refiere al momento de continuidad, interacción y síntesis que por la asociación de espacios elementales es el responsable de la constitución íntima de lo urbano ■

- 1 La situación del Pabellón Alemán en el monumental conjunto de la Exposición, en un discreto segundo plano lateral, para decir sin alzar la voz su inapelable verdad, constituye un símbolo de lo que el proyecto y la naciente arquitectura moderna suponían en el gran salón de su vieja y maquillada antagonista, aprisionada por la compulsión de ocultar su inanidad con cuantos más referencias estilísticas mejor.
- 2 La despiadada precisión del pensamiento de ambos descubre la afinidad que los unía a aquella ingeniería trasmutadora de los valores que culminaría con el genio de Freyssinet pero que tiene un precedente intelectual formidable en la obra de Cerdá.
- 3 Significaría, en definitiva, una menor urgencia en la forma de la ciudad, que debería producirse menos por

un asalto de la crítica que por la paulatina aplicación de criterios de racionalidad funcional que se le suponían a los sistemas de infraestructuras.

En cualquier caso, el proyecto de Stuttgart, como el de Le Corbusier en Pessac, constituía también el manifiesto de que sólo como conjunto urbano, como parte extensa de la nueva ciudad y de su territorio, era posible explicar en todo su alcance la necesidad y la propuesta generales de la arquitectura moderna.

- 4 Las propuestas urbanas y territoriales de Le Corbusier conservarán eternamente el mérito de haber enseñado a ver el espacio contemporáneo y la seducción de su lenguaje artístico, pero no se hicieron realidad sino en casos excepcionales, lejos de la ambición de universalidad con que fueron concebidas.

Se diría que tal vez esa misma belleza de su expresión las haya expuesto al peligro del estilo, es decir de lo anti-moderno por antonomasia, salvo cuando el talento superior del arquitecto - como Villanueva en la Ciudad Universitaria de Caracas o desde luego el propio Le Corbusier - ha sido capaz de volar por encima de la tentación de apoyarse en sus propias formas características. En realidad, el tiempo no ha hecho sino destacar la posición solitaria del proyecto de Cerdá entre los que fueron capaces de transformar integralmente y de forma perdurable la producción del espacio urbano enriqueciendo los valores de la ciudad preexistente y ampliando el vínculo a su matriz territorial.